Página de Música

TRES NOTAS SOBRE CINE

I

LA IMAGEN Y EL SONIDO

A Isidro B. Maiztegui.

En el cine—cuyo fundamento básico es la reproducción seleccionada y organizada de acontecimientos visuales fundados en la realidad que percibimos todos los días—, la imagen (es decir, lo que llega por la vista) lo es todo. La palabra es secundaria. De este parecer son todos los grandes teóricos del cine, de Fedor Stepun a Béla Balácz.

Tenemos, pues, la imagen. Una imagen que no difiere, sustancialmente, de las que cruzan diariamente ante nuestros ojos (o, en todo caso, ante nuestra mente). Todo lo visual es una realidad bruta que se presenta inicialmente sin sentido. Ese sentido llega, en su forma más completa, con la palabra. Esto no impide que el cine mudo fuera capaz —por ejemplo, en las primeras películas de Chaplin—de producir obras maestras. Pero, pese a todo, esto es la excepción. La imagen bruta sólo alcanza absoluta inteligibilidad—en la realidad como en el cine—con la palabra.

Pero entre la imagen y la palabra hay todo un campo sonoro capaz de ir puliendo—cargando de concomitancias significativas—esa realidad visual bruta. En primer lugar, una terminante causalidad exige que a cada movimiento percibido por la vista responda un ruido (o sonido) determinado. Entonces se produce la sensación integral de dinamismo. No sólo en el caso obvio de algo que cae al suelo, o que se frota, se rasga o se rompe, sino también cuando la realidad visual está inmóvil e inmutable. En el campo solitario, aceptamos en primera instancia la imagen inmovilizada de prados, senderos, montañas y cielo; pero esta realidad inmutable se gasta pronto para nuestros sentidos, y buscamos el dinamismo que falta en el sonido. Nos llega entonces el continuo y espeso cascabeleo de los grillos, el chisporroteo de las hojas de los álamos movidas por el viento, y el rumor profundo del Duero que se precipita por una pequeña presa. Sentimos que el sonido no sólo actúa como correlato de una realidad visual, sino que suministra a nuestro complejo sensorial la dinámica que el paisaje estático no puede darnos.

Lo mismo sucede en la oscuridad de la noche. La vista apenas puede satisfacernos. Buscamos entonces ansiosamente el sonido que nos libere de esa angustiosa inmovilidad. Si no lo hallamos, el silencio pesa sobre nosotros, palpamos nuestro abandono planetario, como en un muerto paisaje lunar.

Los ruidos y los sonidos no organizados no agotan las posibilidades sonoras iluminadoras de la imagen. La música es un nuevo escalón para la inteligibilidad de lo visual. Cuando la música es auxiliar de la imagen ya no existe una causalidad fatal como en el caso del coche que roza sobre el pavimento o del vaso que se cae. En cambio, sí permanece esa angustia ante la imagen silenciosa. Porque, de hecho, no pasamos un instante del día sin sonidos en derredor nuestro. De noche, si nos desvelamos, podemos escuchar la respiración del durmiente, o el tenue silbido de las cañerías, o el gotear de un grifo, o el intermitente chirrido de un mueble cuyo contrachapado se abarquilla. O, al menos, ese roce lejano y persistente que a veces parece originarse en el interior de nuestros mismos oídos y a veces semeja el girar de los mundos. Cualquiera de estos ruidos nos consuela de la terrible mudez que reside en la inmovilidad oscura de las cosas.

En el cine, las escenas podrían sucederse en un absoluto silencio (porque el ronroneo de la máquina de proyección y los ruidos esporádicos de la sala son absolutamente ajenos al espectador, que está inmerso en la realidad de la pantalla y ausente de la suya propia), pero precisamente esto es lo que hay que evitar. Si lo que vemos en la pantalla es algo que requiere forzosamente un correlato sonoro, la cuestión es clara. Pero aun en el caso de que lo que contemplemos sea algo que no tiene una exigencia específica sonora—panorámicas sobre los techos de una ciudad, un paisaje solitario o lejano, interiores en calma, un hombre que camina silenciosamente—el espectador experimenta la misma necesidad de que hablábamos ante el campo o la angustia del insomne. Y es que, lo repetiremos, no hay—no lo deseamos siquiera—un solo instante mudo en nuestra vida. Siquiera el roce de la pluma sobre la cuartilla. Siquiera sonidos que no estamos seguros de si los percibimos o los imaginamos.

RAMÓN BARCE